

temerarios las precipitan. Carlos X fué otro Carlos el Temerario.

21 de octubre.

Hace un mes, el 21 de septiembre, estaba en Lausanne. Eran las cinco de la tarde. Yo subía lentamente hacia la catedral por las estrechas callejuelas de la ciudad. Aproximábase la hora de comer para los ciudadanos, que se apresuraban á regresar á sus casas. Yo veía por entre las ventanas del piso bajo como resplandecían los hogares de las cocinas, y las amas y las sirvientas agitarse al rededor de los pucheros y de los asadores. El humo desbordaba por más de una ventana, y el olor de los fritos llenaba las calles. A través de las puertas oía las risotadas, bienhechoras expresiones del apetito.

Un cuarto de hora después, llegaba á la alta esplanada que rodea á la iglesia. Toda la ciudad estaba bajo mis piés. Las humaredas jugueteaban por los techos, un rayo de sol poniente las penetraba, y hacían una admirable nube de oro que se desgarraba en las chimeneas y en los piñones como si fuesen islas. Era un noble y arrebatador espectáculo.

Mezclad una idea grande, luminosa y santa con las cosas vulgares de la vida, como el sol en las humaredas de nuestras marmitas, y esas cosas vulgares se convertirán en sublimes.

X

EL SENA

Hojas de álbum

21 de octubre.

Atravesamos el Valle Suzón, delicioso y silvestre, y que recuerda el Jura. En San Sena, bonito pueblecito entre dos colinas verdes, hay una iglesia del siglo xv con ábside cuadrado y rosetón, cosa rara.

Dos leguas más allá, se atraviesa otra aldea en la parte baja de otro valle. Esa aldea se llama Coursault. Un destartalado caserón, atravesado en el fondo del barranco, bordea la carretera. Bajo aquella casa se abre un ruín arco de piedra que da paso á un riachuelo. Ese riachuelo es el Sena. Su fuente se halla á un cuarto de legua de allí, en la colina. En Coursault encuentra su primer puente, en aquella arcada, debajo del caserón. Los niños lo saltan. Un matorral lo oculta. Apenas se distingue, entre dos verdes ribazos, á la sombra de tres ó cuatro álamos, aquella delgada cinta de agua que tendrá dos leguas de anchura en Quillebœuf.

Seis leguas después de Coursault, en Aigay le Duc, se encuentra el segundo puente. El riachuelo es ya un

río, y se comprende que ese río será una enorme corriente. El segundo puente tiene cuatro ojos. La corriente tiene doce pies de profundidad. Jamás los molinos carecen de agua. Un río pequeño, como una encina pequeña, tiene en seguida un no sé qué de robusto.

Hablemos un poco de Juan.

Juan es el factotum de la diligencia de Dijón á Chatillón del Sena, que se toma en la calle del Castillo, en la *Llave de Francia*. Juan acumula; es en una pieza cochero, postillón y conductor. Es un robusto mocetón de unos treinta años, calzado con zuecos y cubierto con un sombrero galoneado, campesino por los pies, lacayo por la cabeza, bebiendo en todas las tabernas, apilando fácilmente, si los azares del camino se presentan, seis ó siete viajeros de contrabando debajo la vaca, odiando á los gendarmes, aborreciendo á los guardias de consumos; pero, al fin, un buen diablo. Él impulsa el tiro, habla, jura, improvisa. No carece de imaginación; compara los árboles que os enseña al extremo del horizonte á personas que disputan ó á quintos en marcha con el morral al hombro. Designa á los caballos que guía con los nombres de los administradores de postas. —¡Ah! Caballero, los Bossu no valen los Chaudrón. Chaudrón padre tiene el aspecto de tonto, pero compra buenos caballos. El señor Bossu no entiende una palabra. Os ha cargado 500 francos por un caballo alto y rojo que no valía doce escudos. La bestia tiene buena presencia, pero se levanta entre las varas; la bestia trota, mas no quiere tirar. Dicho esto, Juan fustiga á sus caballos. Juan da, uno tras de otro, diez

latigazos por minuto, lo que suma seiscientos latigazos por hora, que hay que repartir entre tres caballos. Los caballos trotan tres horas, de una parada á otra, y así reciben cada uno seiscientos latigazos. Sirven dos veces al día, lo que hace una ración de mil doscientos latigazos por día. Juan emplea diez horas para ir desde Dijón á Chatillón; una hora para el desayuno, una hora para las estaciones, Juan fustiga trece horas mientras tanto, y distribuye realmente siete mil ochocientos latigazos desde Dijón á Chatillón. Al día siguiente, vuelta á empezar. Añadid los juramentos, las imprecaciones, los oh ya, los hala, y veréis lo que puede llegar á ser el cerebro de Juan. No es ya una criatura humana. Es un mango de fusta viviente. Juan no encuentra ningún carretero sin atestiguarle una bienhechora cordialidad, que se manifiesta con un violento latigazo magistralmente aplicado á uno de los caballos de la carreta. De este modo va regalando un latigazo á cada carretero que pasa. El caballo piafa, el hombre saluda, el golpe es siempre bien recibido; es una atención apreciada generalmente. Alguna vez el carretero replica al instante, largando un palo con toda la fuerza de su brazo al timonel de Juan; algunas veces se contenta con dar las gracias con una amable sonrisa.

XI

TROYES

Hojas de álbum

Troyes, 22 de octubre.

He querido ver el lugar donde fué ejecutado Claudio Gueux. Un niño me ha conducido al Mercado Viejo, que ellos llaman la Lonja del Trigo.

Es una gran plaza triangular ajustada á la extremidad de una calle larga como el hierro de una partesana al extremo del asta; esa forma triangular despierta la idea repulsiva de un hacha, y he observado ya que el azar la ha dado á varias de esas plazas fatales.

La plaza del Mercado Viejo está en declive empedrada de gres como las calles de París, adornada de tiendas, rodeada de casas antiguas de techo puntigudo y con tejadillos; obstruído en su centro por una grande y vieja barraca de madera de aspecto horrible, á uno de cuyos lados se apoya un antiguo pozo trivial adornado con estrias torcidas. Delante de esa barraca levantóse el cadalso de Claudio Gueux, y sigue levantándose para otros, cada vez que la ley comete sus asesinatos en Troyes.

Desde allí el condenado puede distinguir, en la fachada meridional del Mercado Viejo, una cara de san Nicolás esculpida en las vigas de una casa del siglo xv. En la época en que fué ejecutado Claudio Gueux, volviéndose podía ver la misma iglesia de San Nicolás, cuyo ábside gótico ocupa uno de los extremos del lado occidental de la plaza. Aquella iglesia queda tapada actualmente por una grande y fea lonja del trigo, completamente blanca, en el ruin gusto oficial de ahora, que construyeron hace dos años y da al viejo mercado su nuevo nombre.

El día tocaba á su fin; entré en la iglesia, y estaba llena de obscuridad. Una lámpara alumbraba dos ó tres enormes arcadas que la sombra volvía á devorar á cada vaivén de la pequeña llama perdida en la gran nave. Por encima de mi cabeza, en el fondo de la iglesia, la claridad crepuscular cambiaba las vidrieras del ábside en pálidos espectros. Dos ó tres viejas, con el semblante hundido bajo su capucha, oraban en un rincón obscuro. Yo me apoyé de codos cerca del altar, en una balaustrada que sustenta el dorado relicario de santa Pompea, é hice como aquéllas.

Cuando salí de la iglesia, había cerrado completamente la noche. El cielo estaba brumoso, la esfera de la luna aparecía vagamente entre las nubes. Volví á la barraca en el lúgubre lugar donde se apoyan los cuatro pies del cadalso. Allí medité largo tiempo en aquel pobre obrero inteligente y noble, muerto hace siete años en aquel mismo sitio, por culpa de la sociedad que no sabe educar al niño ni corregir al hombre. Una enorme fragua que mostraba sus abiertas fauces, encendida en una tienda á mi derecha, alumbraba confusamente toda la plaza y arrojaba una rojiza claridad sobre el siniestro empedrado. Di algunos pasos para alejarme, y, mientras me iba, una mezcla de luna y de reflejos de fragua me

mostró, en la esquina de una calle que desemboca en el Mercado Viejo, esta inscripción: *Calle de las Tres Cabezas*.

Villanueva del Arzobispo, 23 de octubre.

Estoy en Villanueva del Arzobispo, y espero llegar á Sens esta noche; no sin dificultad, amada esposa, pues hay que pelearse en las puertas de las diligencias; tan increíble es la aglomeración. Hace un momento éramos quince en un horrible *cucú* (ómnibus de carretera), *siete en el imperial*.

Cuento hallarme en París el 27 ó el 28, hacia las dos de la tarde. Procuraré de todos modos que sea el 27, pues no puedo explicarte mi impaciencia por llegar y abrazaros á todos.

Pienso con gozo que encontraré en Fontainebleau una buena carta tuya, y tuya también, Didina mía, ¿verdad?

Querida esposa; cuida mucho en todos esos trabajos interiores, que no se altere nada en mi gabinete de trabajo. Al partir, puse en mis armarios y cajones que cerré después, todos mis manuscritos que son papeles sueltos, como sabes. Encerré en una alacena el cajón de la mesa en que escribo con todo lo que contenía. Ten cuidado que no se abra nada y que no se toque nada, pues un solo papel perdido sería irreparable.

Es la última vez que te escribo. Ahora seré yo mismo quien te traerá noticias mías, adorada Adela. Luego os veré á todos, mis seres queridos. Estad alegres como lo estoy yo. Hasta luego. Os abrazo cariñosamente, y á ti la primera, esposa mía. A ti.

V.

XII

LA CATEDRAL DE SENS

Hojas de álbum

24 de octubre.

Podría decirse que *todo anda á pares* en la catedral de Sens; toda cosa bella ó curiosa tiene allí su pareja. Hay la torre de piedra y la torre de plomo; la capilla románica y la iglesia gótica; á la extremidad septentrional del crucero, el rosetón de Juan Cousin, que representa el cielo; en la extremidad meridional, el gran rosetón de Roberto Pinaigrier, que figura el infierno; en el coro, la tumba del gran delfín, por Coustón; en las naves laterales, la tumba del cardenal Duprat, por el Primaticio; el canónigo Nicolás Richer, que ha legado á la iglesia un altar donde está esculpida la Pasión en el exquisito estilo del Renacimiento; el arzobispo Tristán de Salazar, que le ha dejado su admirable tumba en gótico flamígero; el epitafio del mariscal del Muy, y el jube ó tribuna del cardenal de Luynes; en el tesoro hay la tapicería de Nancy, donde están pintadas las historias de Esther y de Betsabé, y la tapicería de Brujas, donde está representada la adoración de los pastores; la cabeza de san Román, abad, y la cabeza de san Víctor, soldado;